

LA INVASIÓN NAPOLEÓNICA. ¿GUERRA DE INDEPENDENCIA O GUERRA CIVIL?

Miguel Ángel SÁNCHEZ GÓMEZ
Universidad de Cantabria

Resumen:

Dentro de la mitología nacional, la Guerra de la Independencia ocupa un lugar destacadísimo en el panteón español. Aunque han proliferado hasta hace escasas fechas determinadas visiones del conflicto contra Francia en el sentido de unanimidad en el esfuerzo bélico y soledad frente al agresor napoleónico, la realidad histórica que se va imponiendo es que la lucha distó mucho de ser unánime y solitaria, ya que desde el punto de vista militar, la aportación angloportuguesa consolidó decisivamente la capacidad de resistencia de los ejércitos españoles, casi siempre derrotados por los imperiales. Por otro lado, los jefes militares presentaron en algunas ocasiones serias reticencias a la supremacía del poder civil, disensiones que aprovecharía Fernando VII a la vuelta de su exilio francés para dar el hachazo de gracia al joven árbol de la Constitución.

Palabras clave:

Guerrilleros, resistencia popular, afrancesado, Junta Central, Cortes de Cádiz, poder civil, poder militar, liberalismo, constitución, absolutismo.

Résumé:

Dans la mythologie nationale, la Guerre d'Indépendance occupe un très haut lieu dans le panthéon espagnol. Malgré la prolifération récente de certaines visions du conflit contre la France, dans le sens d'unanimité dans l'effort guerrier et de la solitude face à l'agresseur Napoléonien, la réalité historique qui s'impose peu à peu, est que la lutte était bien loin d'être unanime et solitaire, puisque du point de vue militaire, l'apport anglo-portugais consolida décisivement la capacité de résistance des armées espagnoles, souvent vaincues par les impériaux. Par ailleurs, les chefs militaires présentèrent dans certaines occasions de sérieuses réticences à la suprématie du pouvoir civil, des dissensions dont profiterait Fernando VII au retour de son exil français pour donner le coup de grâce au jeune arbre de la constitution.

Mots clés:

Guerrilleros, résistance populaire, francisé, Assemblée Centrale (Cortes de Cádiz), pouvoir civile, pouvoir militaire, libéralisme, constitution, absolutisme.

Miguel Ángel Sánchez Gómez: "La invasión napoleónica. ¿Guerra de independencia o guerra civil?", *Monte Buciero 13. Cantabria durante la Guerra de la Independencia*, ISSN 1138-9680, Santander 2008, pp. 69-99.

Dentro del imaginario popular español, la llamada Guerra de la Independencia fue un conflicto en el que las tropas francesas invasoras del hogar patrio fueron vencidas en una combinación de patriotismo unánime de los españoles y heroísmo popular, sentimientos que consiguieron lo que en otros países europeos no había sido posible lograr: la derrota de los ejércitos de Napoleón Bonaparte.

La realidad histórica es bastante distinta. Por un lado, no es un cuerpo a cuerpo entre las tropas napoleónicas y los guerrilleros españoles, no fue algo tan simple. En primer lugar, hubo fuerzas militares de diferentes países: las fuerzas imperiales francesas -compuestas no sólo por franceses, sino por polacos, italianos, alemanes y nacionales de otros territorios dominados por Napoleón-, los soldados británicos, el ejército portugués y, por supuesto, los soldados españoles.

Tampoco, España fue el único teatro de operaciones bélicas. El suelo portugués fue también escenario de luchas y de asedios, aunque la permanencia allí de los soldados de Wellington impidió a los imperiales permanecer en tierras portuguesas de manera continuada. Pero es que, además, a partir de 1813, tras la batalla de Vitoria y la toma de San Sebastián, las operaciones se trasladaron a suelo francés, en torno a Bayona y Toulouse.

Pero tampoco puede argumentarse unidad entre los oponentes españoles a los objetivos de Napoleón. Es conocido ya el caso de los afrancesados, aquellos que colaboraron con los invasores, bien por convicción, bien por obligación. Nos referimos, sin ir más lejos, a los mitificados guerrilleros hispanos que, en muchas ocasiones, ejercían más bien como bandidos y salteadores que como heroicos y casi románticos oponentes a los soldados galos. El robo y la extorsión a la población civil y el asalto a los convoyes españoles o británicos, fueron corrientes en los primeros años de la guerra, en los que, antes que el patriotismo primaba la lucha por la supervivencia o, simplemente, el abuso en situaciones de falta de autoridad reconocida.

Pero también debe tenerse en cuenta que la unanimidad en las filas españolas en la lucha contra Napoleón no fue, precisamente, la nota característica en casi ninguna fase de la guerra. Por el contrario, las disensiones fueron continuas. Y esto tiene lugar incluso, en los primeros tiempos en los que ni siquiera habían estallado las hostilidades.

1. Los prolegómenos del conflicto

Seguramente Napoleón no tenía, inicialmente, ninguna intención ni ningún interés en invadir España. En realidad, ambos países eran aliados desde el Tratado de Fointenableau en octubre de 1807. Un tratado que era en realidad un reparto del vecino Portugal. El norte se entregaría a los reyes de Etruria (este reino había sido creado por el propio Napoleón en marzo de 1801, para Luis, duque de Parma, sobrino de la reina María Luisa), el centro sería ocupado por tropas francesas y el sur quedaría en manos de Godoy. Las fuerzas españolas colaborarían con las tropas imperiales en la ocupación de Portugal. Esa era la respuesta de Napoleón a la negativa portuguesa de unirse al bloqueo continental contra Inglaterra decretado por el Emperador francés.

Unos días antes de la ratificación del Tratado ya se habían adentrado, camino de Portugal, algunos contingentes galos al mando del general Junot. Sin embargo, en la Corte española comenzaban a suceder algunos acontecimientos que podían poner en peligro el pacto con los franceses.

Los problemas hervían en la Corte en torno al favorito de los monarcas, Manuel Godoy. Reforzado su valimiento ante Carlos IV y su esposa María Luisa tras el acuerdo de paz firmado en Basilea en julio de 1795, paz que ponía fin a la guerra entre España y la Francia republicana, Godoy se va a encontrar con el título de Príncipe de la Paz y con una nueva alianza con Francia en forma de Tratado de San Ildefonso, firmado en abril del año siguiente, que era en realidad una versión adaptada a los nuevos tiempos políticos de los viejos Pactos de Familia contra Inglaterra que contestó, como era de esperar, con la guerra. Godoy ante esta situación se embarca en una serie de reformas que afectan sobre todo al ejército y a la Iglesia ya que era consciente de que tarde o temprano el enfrentamiento con la Francia de Napoleón sería inevitable. También la poderosa nobleza española fue objeto de las reformas de Manuel Godoy, ya que tuvieron que pagar impuestos por la posesión de criados, de caballos, de mulas o de carruajes, amén de sobre la creación de nuevos mayorazgos, todo un ataque contra los fundamentos de la sociedad estamental. Por si fuera poco, Godoy había prohibido las corridas de toros en 1805. Dicho de otra manera, Godoy -al que podemos considerar como el último de los gobernantes ilustrados o el primer gran protoliberal español- se ganó a pulso el enojo de los privilegiados españoles y, al tiempo, de las clases populares.

El favor real hacia Godoy había recibido un nuevo impulso en la llamada Guerra de las Naranjas contra Portugal en 1801, que fue victoriosa para las armas españolas.

Así que con todos estos antecedentes, no es extraño que en el momento de la penetración de los imperiales en la Península Ibérica, Godoy estuviese casi totalmente aislado con el único apoyo de Carlos y María Luisa y de algunos cientos de favorecidos suyos.

Los enemigos que el Príncipe de la Paz tenía en la Corte eran algunos miembros de la nobleza tradicional que habían sido apartados del poder en

un proceso que comienza casi con la misma llegada de los Borbones al trono español. La gran nobleza española fue siendo paulatinamente sustituida en la Corte por decenas de miembros de las pequeñas noblezas provinciales que sirvieron de soporte social a la administración de la Corona y a su proceso de reformas a lo largo del siglo XVIII. La dinastía Borbón los usó en parte para compensar el poder que la gran nobleza mantenía en los aledaños del trono. Algunos de los miembros de las noblezas provinciales, llegaron a escalar las máximas posiciones políticas, siendo el ejemplo más evidente y destacado de este proceso de sustitución de las elites cortesanas, Zenon de Somadevilla, el Marqués de la Ensenada durante el reinado de Fernando VI.

En la Corte, los enemigos de Godoy eran muchos. Destacando el conde de Montijo, el Duque del Infantado y Juan Escoiquiz, ex tutor del Príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII. Éste era la figura que los descontentos con Godoy habían elegido para canalizar sus aspiraciones y su descontento. En realidad esta situación no era nada extraña, ya que en la España del Antiguo Régimen, el único lugar en que se jugaba la partida política era en la Corte.

No hay que olvidar, para comprender parte del descontento que empezaba a prender en amplios sectores de la sociedad española finisecular, los efectos de la guerra de 1796 contra Inglaterra provocó serias dificultades en amplios sectores de la economía española. Para empezar, se interrumpieron las remesas americanas de oro y plata con lo que el erario público se resintió seriamente; se cortaron casi completamente las relaciones comerciales con las colonias y se redujeron al mínimo las importaciones de alimentos y materias primas para la naciente industria nacional.

En gran medida, esta situación va a jugar en contra de Godoy ya que una parte del descontento popular va a ser canalizada por sus enemigos en la corte de una manera similar a como los enemigos del marqués de Squilacce utilizaron a las masas en Madrid y en otros puntos cuando los motines de 1766 que acabaron con el cese del ministro de Carlos III y la expulsión de los jesuitas.

Una nueva guerra con Gran Bretaña culminó con el hundimiento de la flota francoespañola en Trafalgar el 21 de octubre de 1805. La derrota naval puso en mayor peligro, si cabe, al imperio español de ultramar ya que los ingleses comenzaron a apoyar a los partidarios de la independencia.

Godoy se va a ver obligado a colaborar con Napoleón en la ocupación de Portugal, tal y como se señaló más arriba. El Emperador pensaba respetar los acuerdos con España, pero no pudo lograr uno de sus principales objetivos en el país vecino: apresar a la familia real portuguesa. Cosa que no consiguió, después de que en una calamitosa travesía, algunos cientos de franceses llegaron a Lisboa el 30 de noviembre de 1807 en un pésimo estado sólo para enterarse de que el día anterior una flota angloportuguesa había zarpa-do hacia Brasil con toda la familia real, gran parte de la nobleza lusa, multitud de obras de arte, los archivos nacionales, el tesoro del país y la mitad del dinero circulante en Portugal.

Mientras tanto, en la Corte española proseguía el deterioro de la situación. Los partidarios del príncipe Fernando sugirieron una alianza con Napoleón vía matrimonio para garantizarse la sucesión al trono, muerto Carlos IV. Habían hecho correr el bulo de que Godoy pretendía convertirse en el heredero del monarca. Pero el conato de conspiración fue descubierto y, aunque Fernando fue perdonado por los reyes, sus partidarios -Infantado, Escoiquiz, Montijo y otros varios- fueron desterrados de la Corte. Este fue la primera intentona de Fernando conocida como la conspiración de El Escorial y tuvo lugar a finales del mes de octubre de 1807.

A pesar de este desenlace, el desprestigio de Godoy fue en aumento, y lo peor es que Napoleón se convenció de que la alianza con España no era fiable y que la inestabilidad de la corte borbónica podía ser una fuente de problemas para sus intereses.

Napoleón fue introduciendo hombres en España a partir de mediados de noviembre de 1807, si bien con objetivos portugueses, pero a primeros del año siguiente fueron ocupando posiciones en Navarra y Cataluña. Godoy pedía explicaciones de este comportamiento a Napoleón y le instaba a consumir el reparto de Portugal. Ante la falta de respuesta del Emperador francés, Godoy ordena la vuelta de las tropas que habían colaborado con los galos en la ocupación del país vecino.

La respuesta de Napoleón es acusar a España de mala fe y pide, a cambio de Portugal, la cesión de todos los territorios comprendidos entre los Pirineos y el río Ebro y la firma con Francia de una alianza permanente e ilimitada.

Ante esta propuesta la familia real, de acuerdo con Godoy, hace preparativos para huir a América, imitando la estrategia de los Braganza portugueses. Comenzaron por pasar a Aranjuez, mientras Godoy traslada a la Guardia Real al sur de Madrid y coloca tropas en la línea del Tajo para oponerse a un posible avance francés. Las fuerzas galas proseguían su penetración por España ocupando diversas plazas. Napoleón había ordenado a Murat que se acercase a Madrid y condujera a Godoy y a la Familia Real hacia Burgos y Bayona para reunirse con él.

Pero en la corte, la sola visión de una posible guerra trastocaba los planes de los partidarios de Fernando, ya que pensaban que un enfrentamiento con los imperiales significaría, simple y llanamente, la desaparición de los Borbones españoles. Ante esta posibilidad, la camarilla de Fernando decide provocar una asonada que le permitiera tomar la corona y presentarse a Napoleón como un monarca dispuesto a colaborar con Francia. Todo ello partiendo del convencimiento de que el emperador venía a España a deshacerse de Godoy, idea bastante equivocada, tan equivocada como la presunción que tenía Napoleón de que los españoles nadaban en oro y plata y de que los hombres españoles necesitaban un revulsivo reformista -léase el propio corso- para echarse en brazos de la Francia revolucionaria y nutrir los ejércitos napoleónicos.

En esas fechas, en Aranjuez solamente estaba la Guardia Real, formada por hombres de origen aristocrático que no sentía ninguna simpatía por

Godoy al que consideraban un advenedizo oportunista. La población de Aranjuez estaba, además, alarmada por los rumores acerca de la huída de la familia real. Por otro lado, esta psicosis de pánico popular estaba azuzada por los partidarios de Fernando. El 18 de marzo un pequeño enfrentamiento entre algunos miembros de la guardia personal de Manuel Godoy y guardias reales degeneró en desórdenes. Estos se extendieron a Madrid y a otras poblaciones, siendo Godoy el objeto casi único de las iras populares. Al día siguiente, Carlos IV fue informado por un jefe militar de que las tropas solamente obedecerían al príncipe Fernando. El rey, además, aceptó el arresto de Godoy que se había salvado por poco de morir linchado. El 19 de marzo, Carlos y María Luisa abdicaron a favor de su hijo primogénito.

El llamado “motín de Aranjuez” tiene una dimensión mucho más trascendente que el mero cambio de monarca. Es también la primera expresión de un hecho que se repetirá varias veces a lo largo de los siglos XIX y XX, la imposición de una unidad militar - en este caso, la Guardia Real - sobre el poder político. Fernando llegaría a Madrid en olor de multitudes el 24 de marzo e inmediatamente buscó el apoyo de Murat cuyas tropas habían ocupado ya algunos puntos de Madrid. Pero el respaldo del general francés al nuevo monarca no llegó nunca. Por si fuera poco, Carlos IV dio marcha atrás en su primera idea de abandono del trono y apeló al Emperador. Éste les convocó a Bayona para dirimir el enfrentamiento. En Bayona les convenció para que abdicaran ambos y le cedieran la corona. A cambio, recibieron importantes sumas de dinero y promesas de integridad territorial y religiosa de España. Fue, en suma, uno de los actos más vergonzosos de toda la historia de la monarquía española.

Para Napoleón, la jugada había sido magnífica. Había encontrado un importante aliado contra Inglaterra y tenía otro trono en el que colocar algún miembro de su familia. Pronto, la realidad, le demostraría que estaba muy equivocado.

2. Los inicios de la rebelión popular

El 2 de mayo había tenido algunos precedentes desde el motín de Aranjuez. La tardanza en reconocer a Fernando por parte de los franceses, hizo creer a parte del pueblo que Napoleón pudiera estar maquinando reponer a Godoy. En algunos lugares como Burgos o Vitoria ya en la segunda quincena de abril, los enfrentamientos armados con los imperiales ya anunciaban los hechos de Madrid.

El 1 de mayo en Aranjuez también habían tenido lugar algunas violencias. Al día siguiente la multitud que rodeaba el Palacio Real se lanzó contra algunos franceses cuando vio en uno de los carruajes a Francisco de Paula, ya que pensaban que le llevaban a Bayona. La respuesta de Murat fue disparar contra la multitud. Los hechos subsiguientes, ya conocidos, desembocan en más de medio millar de muertos entre el pueblo madrileño, más algunos militares como Daoiz y Velarde, y varios centenares de heridos y casi medio

centenar de franceses muertos que tuvieron, además, algo más de 100 heridos.

Toda esta situación desbordó a la Junta de Gobierno que había dejado Fernando tras su marcha a Bayona. Sus dudas sobre qué actitud tomar ante los enfrentamientos del pueblo con los franceses dejaron a este organismo fuera de juego.

A la altura de los primeros días de mayo de 1808, la mayor parte de España estaba libre de franceses, quienes solamente ocupaban la línea Madrid-Irún y algunas zonas de Navarra, además de dos puntos en Cataluña, Figueras y Barcelona.

La noticia del 2 de mayo se extendió como un reguero de pólvora por el país, pero no provocó levantamientos inmediatos. Sin embargo, los planes de Napoleón con el trono español -había conseguido la renuncia de Fernando y de su padre en su favor- le llevaron a proponer a varios de sus hermanos la corona española. Finalmente obtuvo la aceptación de su hermano mayor José, en esos momentos rey de Nápoles. Pero aún sin haberse hecho público estas maquinaciones napoleónicas, la efervescencia en España iba en aumento. La causa de esta situación, más emocional que otra cosa, era la mitificación que de la figura de Fernando VII se tenía entre las masas españolas. El heredero de Carlos IV tenía ante el pueblo un aura de paz, justicia y libertad que eran la antítesis de la verdadera naturaleza de Fernando y de los postulados que querían imponer sus partidarios.

Las noticias de la abdicación del joven monarca impulsaron la rebelión popular, pese a que los dirigentes del levantamiento fueron mayoritariamente miembros del Antiguo Régimen.

Los disturbios provocados por los partidarios de Fernando provocaron numerosos muertos, la mayoría ciudadanos franceses o españoles de origen francés. Pero también a numerosos dirigentes militares o civiles españoles que habían dudado a la hora de unirse a los revoltosos. Por otro lado, en algunas zonas rurales el campesinado había adoptado posturas cercanas a la protesta social. La situación comenzaba a escaparse del control de los incitadores a la revuelta. En muchas ocasiones, estas actitudes se mezclaban con rumores de represalias masivas francesas, con noticias falsas de que se iba a reclutar a todos los jóvenes del país para el ejército francés y otra serie de infundios que inquietaban muchísimo al pueblo.

Para finales de mayo, casi toda España estaba en estado de efervescencia. Muchas poblaciones se colocaron en franca rebeldía frente a los designios napoleónicos y se estaban empezando a reclutar a miles de ciudadanos para aumentar el tamaño de las fuerzas militares. También comenzaba a apuntarse una embrionaria, aunque muy dispersa, estructura de gobierno civil en varias zonas del país: Galicia, Asturias...

A pesar de todo, Napoleón no consideró en estos instantes que la rebelión tuviese mucha importancia. Pensaba que, en gran medida, era una maniobra de la Iglesia y que con algunas represalias se apaciguaría la situación.

3. Un buen comienzo. Bailén o el espejismo de una victoria fácil y rápida sobre Napoleón

La complejidad y dificultad para acabar con la rebelión y, sobre todo, Bailén demostrarían al Gran Corso lo equivocado que estaba. A pesar de que las tropas francesas en esta fase inicial eran bastante inexpertas y poco numerosas, Napoleón creía que la situación de rebeldía podía dominarse en poco tiempo. Para ello ordenó a sus generales que atacaran Andalucía para dominar Sevilla y Cádiz, lo que se le encomendó al general Dupont. También diseñó un plan para tomar Valencia y otros dos para conquistar Zaragoza y Santander. La mayoría de estos planes fueron llevados a cabo. Algunas ciudades fueron conquistadas: Segovia, Santander, Córdoba, Valladolid. Aunque en otros puntos los progresos fueron nulos como en Cataluña, en Valencia y en Zaragoza.

Mientras tanto, Napoleón seguía dando pasos para legitimar la ocupación del trono español por su hermano José. Había reunido en Bayona a varias decenas de notables españoles con el fin de diseñar una Constitución que sustentara el trono en el que se iba a sentar su hermano José, que sería proclamado rey de España el 6 de junio. La Constitución de Bayona, mucho menos reformista que lo que pretendió el Emperador inicialmente, fue promulgada el 7 de julio.

Unos días más tarde, el 20 de julio, José Napoleón entraba en Madrid, después de la derrota española en Medina de Rioseco. El 25 de julio José I era proclamado rey de España.

Mientras tanto, los franceses del general Verdier habían sido contenidos en Zaragoza y Dupont se había replegado en su avance por Andalucía. La derrota francesa en Bailén culmina esta primera fase en que las armas imperiales se vieron obligadas a conquistar un país que se había levantado contra la ocupación gala en defensa de su monarca que, mientras tanto, vegetaba en el castillo de Valençay, lejos de España y ajeno a los sacrificios y masacres que estaban sufriendo sus súbditos. El nuevo monarca tendrá que replegarse apresuradamente hacia la frontera francesa, abandonando Madrid.

Así que en el verano de 1808, la situación española se había deteriorado mucho más de lo que Napoleón preveía cuando decidió intervenir activamente en España. Si la rama española de los Borbones había sido eliminada de la escena política, su hermano José no había sido recibido amistosamente por los españoles. Tampoco la situación militar era muy feliz y, desde luego, no se iba a solventar con unas cuantas divisiones. Ello llevaba a Napoleón a otra evidencia desagradable, los españoles no se estaban alistando en masa en las unidades imperiales, de hecho tampoco lo estaban haciendo en los propios ejércitos españoles. Y, por último, por las calles españolas no corrían ríos de oro y plata. Profundas decepciones que el Emperador se negó a reconocer hasta muy avanzado el conflicto.

Quizá la victoria de Bailén fue, paradójicamente, uno de los mayores inconvenientes que tuvieron los ejércitos españoles a lo largo del conflicto

ya que hicieron pensar a los dirigentes políticos y militares que sería fácil en adelante batallar contra los ejércitos napoleónicos. Craso error que costaría decenas de miles de vidas.

Durante el resto del verano y el otoño de 1808, surgen diferencias entre las autoridades civiles que habían brotado por doquier y los generales que habían formado ejércitos en distintos puntos de España. Los dirigentes civiles habían acordado crear y apoyar a una Junta Central que sustituyese al Consejo de Regencia, desbordado desde el primer momento de la insurrección armada. La Junta sufrió el rechazo de amplios sectores de la sociedad, desde los partidarios más exaltados de la insurrección, hasta los defensores de Fernando - que habían manipulado de manera sustancial la rebelión en sus primeras etapas -, pasando por destacados miembros del estamento militar. El más intransigente de estos generales era Cuesta que llegó a encarcelar a dos representantes de la Junta de León cuando viajaban como comisionados a Aranjuez donde estaba instalada la Junta Central, si bien tuvo que liberarlos y dejar el mando para dar cuenta de su conducta ante la propia Junta.

Ésta se reúne el 25 de septiembre en el Palacio Real de Aranjuez. No se nombrará a un comandante en jefe por temor al propio poder militar, si bien se encarga -al menos sobre el papel- de coordinar los esfuerzos de guerra. Con un programa limitado de reformas, en las que se entremezclaban postulados de origen ilustrado y objetivos de tinte liberal, su radio de acción fue más bien pequeño, habida cuenta de las condiciones del país en esos momentos.

4. La venganza corsa

Mientras tanto, a pesar de las derrotas generalizadas de los ejércitos españoles y del avance de los franceses, en Portugal se había establecido un cuerpo de ejército inglés. También desde los primeros momentos, el gobierno británico había procurado ayudar a los insurrectos con armas y dinero. Así en julio, llegaron a Gijón varias decenas de cañones, miles de espadas y munición, además de importantes cantidades de dinero. Pero los gobernantes ingleses querían dar un paso más allá y enviar tropas a la Península Ibérica. El problema era a cuál de los dos países enviar a los “casacas rojas”.

La solución se la dio la insurrección portuguesa que había estallado en el norte de Portugal. Los franceses fueron empujados hacia Lisboa donde estaba el grueso del ejército galo a las órdenes de Junot. Allí se establecieron a la defensiva y solamente salían para atacar a las ciudades insurrectas.

Los ingleses decidieron que Portugal sería la base de sus operaciones contra la retaguardia de Napoleón. La Junta de Oporto -equivalente a la Junta Central española- había pedido ayuda a los ingleses para expulsar a los franceses de su territorio. Arthur Wellesley desembarcó en Portugal el 1 de agosto, en un punto de la costa entre Oporto y Lisboa. Aunque consiguió algunas victorias menores sobre los franceses, sería sustituido en el mando de la fuerza inglesa a finales de agosto de 1808, siendo relevado en octubre por John Moore.

Los ingleses habían conseguido la pacificación de Portugal y avituallaban a algunos de los grupos españoles que resistían a los franceses, si bien es verdad que aquéllos adolecían de unidad y, además, habían entrado en un estado de complacencia provocado por la victoria de Bailén. Esto iba en contra de los planes ingleses de unificar las fuerzas españolas bajo un mismo mando político y militar. Además, los británicos ayudaron al Marqués de La Romana -que se había enterado muy tarde de la entronización de José I- a embarcar a sus tropas desde Dinamarca hasta Santander, adonde llegarían el 11 de octubre. La situación se presentaba muy halagüeña para los intereses anglo-hispano-portugueses.

Sin embargo, este panorama estaba a punto de transformarse radicalmente. La reacción de Napoleón fue fulminante. Trasladó a España a más de 100.000 hombres, como se ha dicho antes, y se preocupó de mantener su retaguardia europea a cubierto. Se dispuso a comenzar en España una campaña relámpago. Aunque en un primer momento, a finales de octubre de 1808, Lefebvre estuvo a punto de cosechar una derrota en los alrededores de Bilbao ante las tropas españolas al mando de Blake quienes, no obstante, tuvieron que retirarse hacia el norte de Castilla. Pocos días más tarde Napoleón llegaba a Vitoria y a continuación se lanzó contra Burgos que tuvo que ser abandonada por su guarnición. La cabeza de Castilla fue sometida a un duro saqueo por las tropas imperiales. A continuación, Napoleón dividió a sus tropas en dos direcciones, una al norte hacia Reinosa y otra al sur hacia Aranda de Duero.

En el norte, se produjo la batalla de Espinosa de los Monteros los días 10 y 11 de noviembre bajo una climatología infernal y en la que los franceses de Víctor y Lefebvre batían al Ejército de la Izquierda al mando de Blake.

Mientras tanto, en el este las fuerzas españolas al mando de Castaños y de Palafox -entre los que existían profundas divergencias-, eran batidas en Tudela por las tropas de Ney al que Napoleón había ordenado atacar a los españoles y desalojarles de sus posiciones, lo que ocurrió el 23 de noviembre.

Por último y a pesar de un último intento por parte española de detener a las tropas francesas en Somosierra, los galos entraron en la capital el 4 de diciembre sin que ni las tropas ni el pueblo lograsen coordinar una mínima defensa, por otra parte imposible en la práctica. Tanto autoridades civiles, como tropas huyeron hacia el sur.

En Cataluña tampoco habían ido mejor las cosas para los patriotas españoles. Hacia finales de diciembre, Madrid, Burgos, Santander y Bilbao habían vuelto a caer en manos galas. Las tropas españolas habían sido puestas en fuga, muerto o huido miles de hombres, perdido cientos de cañones y numerosas provisiones. A partir de ese momento, los franceses marcharon hacia el sur y hacia el oeste. Lo que no sabían era que en esta zona, entre León y Galicia, se hallaban las tropas del ejército expedicionario británico de John Moore. En cuanto lo supo, Napoleón comenzó una persecución que le llevaría tras los británicos. Estos fueron saqueando los pueblos en su retirada,

cosechando una opinión muy crítica entre los españoles. La Romana dirigió sus tropas hacia Oviedo, tras reunirse con Moore en los alrededores de Astorga, punto en que Napoleón dejó de estar personalmente al frente de sus tropas, marchando a París. Por fin, después de muchas penalidades los británicos, tras perder a su jefe en La Coruña, pudieron embarcar en el puerto gallego el 17 de enero, con los franceses pisándole los talones. La crisis militar socavó las relaciones hispanobritánicas. También contribuyó a debilitar al gobierno británico.

Mientras, en el sur, los franceses penetraban en Extremadura y en Castilla La Mancha, donde infligieron una derrota a las tropas del Duque del Infantado en Uclés, a primeros de enero de 1809. En Aragón, mientras tanto la situación no presentaba mejor cariz para los españoles. Zaragoza estaba siendo sitiada desde mediados de diciembre de 1808 por segunda vez. Después de un cerco de casi dos meses, la ciudad se rindió, tras haber perdido decenas de miles de defensores entre sus ruinas. Palafox no pudo en esta ocasión repetir su éxito anterior, en parte por haber cometido dos errores garrafales; en primer lugar, haber asignado demasiadas tropas a la defensa de la ciudad y, en segundo lugar, haber dejado entrar en ella a varios miles de civiles con sus animales lo que provocó la aparición de enfermedades y la disminución de las reservas alimenticias, lo que minó la resistencia interior.

Una vez ocupada gran parte del norte, oeste y centro de la Península, los franceses se dirigieron - según el plan que Napoleón había trazado antes de volver a París en enero de 1809 - a conquistar el norte de Portugal con Oporto como primer objetivo. La situación de españoles y portugueses no podía ser más crítica. Entre la Junta Central y la Junta de Sevilla surgieron las primeras desavenencias, sobre todo porque la sevillana pretendía hacerse con todo el poder. Pero éstas no eran las únicas diferencias. El conde de Montijo pretendía que se le nombrara capitán general de Andalucía. La Junta Central ordenó subordinación a las juntas provinciales para tratar de conseguir unidad de esfuerzos. Eran las consecuencias de una crisis inesperada cuando, tras Bailén, todo el mundo en España se las prometía muy felices.

En las áreas rurales pululaban los huidos de las derrotas y los bandidos. La ley y el orden brillaban por su ausencia. Los motines y levantamientos populares no eran infrecuentes en las villas del interior. Pero muchas de estas actividades se convertían en problemas para los franceses, sobre todo cuando estaban mínimamente organizadas como ocurría en Cataluña, en Aragón o en Galicia. Sin llegar a ser guerrilleros, los integrantes de estas bandas de irregulares actuaban la mayoría de las veces a medio camino en pro de la defensa de sus propiedades y en respuesta vengativa a las tropelías cometidas por los franceses. No tuvieron efecto inmediato en la organización y encuadramiento de estos grupos de paisanos armados las instrucciones que la Junta Central emitió para organizar a las bandas de guerrilleros, prohibiendo que se encuadraran en ellos a los huidos del ejército regular o a los que habían escapado al reclutamiento, obligando a estos grupos a quedar bajo el mando del comandante militar local.

Sin embargo, estas medidas no fueron muy aceptadas inicialmente, incluso el poder político comenzaba a ser desbordado por la reacción de algunos militares como el marqués de La Romana que derribó a los representantes de la Junta de Oviedo e instaló una nueva corporación a principios de 1809. Otros generales y algunos nobles como Cuesta, Infantado, Palafox y Montijo, algunos de ellos habían estado apoyando al Príncipe Fernando en Aranjuez, conspiraban para socavar el poder de la Junta Central. Hubo también desórdenes en algunas ciudades como en Cádiz. Así que la Junta no tenía más salida que buscar el apoyo de los ingleses.

De hecho, en enero de 1809 el embajador español en Londres, Juan Ruiz de Apodaca, y el gobierno británico habían firmado un tratado de paz, alianza y amistad por el que los ingleses se comprometían a apoyar a España con todos los medios de los que disponían y los españoles no podrían hacer una paz por separado con Francia y no reconocerían a ningún rey que no fuera Fernando VII.

Pero para la concreción de este acuerdo, existían importantes obstáculos. Uno de ellos era el comercio colonial ya que Inglaterra exigía libre acceso a la plata americana y a la actividad comercial. Pese a todo, la Junta Central pudo reorganizar un ejército con la ayuda material y económica británica. A ello contribuyó, dilatando los planes de Napoleón, la campaña de Moore y la resistencia de Zaragoza... y el nuevo error de Napoleón que basaba sus planes en la ausencia total de resistencia.

Las tropas galas, según los planes del Emperador, debían haber ocupado Lisboa a comienzos de febrero. Sin embargo, el mariscal Soult no cruzó la frontera hasta un mes más tarde. Tras algunos combates contra las desorganizadas fuerzas lusas, Soult entró en Oporto a finales de marzo provocando una gran masacre en la población civil y entre los defensores. Sin embargo, Soult necesitaba refuerzos para seguir progresando hacia Lisboa. El general Cuesta presentó batalla a Victor en Medellín, que estaba encargado de aportar refuerzos a Soult. Aunque Cuesta cosechó una grave derrota, evitó que Victor acudiera en ayuda de Soult.

No obstante, los franceses entraron en Asturias a mediados de mayo, ocupando Oviedo el 20. Pero el dominio de los franceses era muy inestable y fueron atacados desde Galicia hasta Santander por diversas fuerzas españolas, teniendo que evacuar nuevamente Asturias un mes más tarde.

En Cataluña, tampoco encontraron muchas facilidades los imperiales y no pudieron poner sitio a Gerona hasta finales de mayo. Por si fuera poco, el corso se vio obligado a retirar tropas de España ante la amenaza austriaca en Alemania. Además, Blake atacó a los franceses en Alcañiz el 23 de mayo, infligiéndoles una pequeña derrota que obligó al general Suchet a refugiarse con sus tropas en Zaragoza, si bien es verdad que luego se desquitaría en Belchite.

Pero los franceses no podían controlar tan extensos territorios con fuerzas limitadas ya que no se dio en ningún momento una de las premisas de Napoleón: que los españoles cesaran en su resistencia en cuanto se sucedieran

varias derrotas militares. Si además el Emperador se iba enredando en la Europa Central, la situación no podía sino complicarse para los galos.

5. El intento de absorción de España por el Imperio y los primeros pasos del equilibrio militar

Mientras tanto, Arthur Wellesley había regresado a Lisboa el 22 de abril de 1809. Los gobernantes ingleses habían vuelto a confiar en él para expulsar a los franceses de la Península Ibérica. En apenas unos días obligó a las tropas de Soult a evacuar Oporto, retirándose hacia Galicia, de donde serían obligados a huir un mes más tarde.

Correspondía a continuación liberar la zona central tratando de aislar a los franceses en la capital y de expulsarlos después de ella. A esa tarea se aplicarían las tropas de Wellesley y del general Cuesta. Pero los españoles estaban bastante divididos a nivel de mandos militares, no sólo entre sí, sino con la Junta Central. Otro asunto que preocupaba a los generales españoles era la posibilidad de que Wellington fuese nombrado comandante en jefe de las tropas anglohispanoportuguesas.

Después de varias ocasiones en las que se puso de relieve la descoordinación entre las tropas inglesas y las españolas, se produjo una batalla a finales de julio en los alrededores de Talavera de la Reina. Los franceses fueron inicialmente derrotados, pero la noticia de la llegada de refuerzos franceses hizo retirarse a las tropas de Cuesta y de Wellesley. La retaguardia de Cuesta fue, incluso, batida en Puente del Arzobispo. En definitiva, esta primera intentona de los hispanobritánicos de expulsar a los franceses de la capital fue un fracaso, en parte por la descoordinación entre los diversos cuerpos de ejército y en parte por la dificultad que ofrecía el abastecimiento de las tropas en una de las regiones más inhóspitas de la Península Ibérica.

La desilusión que provocó en los españoles la retirada de las tropas sin haber intentado la reconquista de Madrid fue muy negativa para los intereses de los aliados ya que esta situación exarcebó la desconfianza mutua entre patriotas e ingleses. Los británicos exigieron reformas a la Junta Central para seguir dando apoyo a la guerra contra los franceses. Algunas de estas reformas correspondían al ámbito militar, como la destitución de Cuesta, otras giraban en torno a la vieja pretensión inglesa de situar tropas británicas en Cádiz -que siguió siendo denegada por la Junta- y alguna presionaba para facilitar el comercio inglés en las colonias americanas. Estas disensiones alentaron nuevamente a los partidarios españoles de deponer a la Junta Central -el duque del Infantado, Palafox y el marqués de La Romana, principalmente-, que buscaron esta vez el apoyo de Wellington para lograr sus fines.

Por si fuera poco, Wellesley tuvo que marchar hacia Inglaterra pues había sido nombrado secretario de Exteriores en un nuevo gobierno británico, casi al tiempo en que la Junta preparaba una nueva ofensiva. A finales de verano tres ejércitos españoles avanzaron por el centro de la Península y en otoño se recupera Salamanca. Pero la derrota de Ocaña el 19 de noviembre frustró las expectativas. Por si fuera poco, Gerona estaba a punto de caer en manos fran-

cesas, cosa que ocurrió el 11 de diciembre. Además, Napoleón -una vez derrotada Austria- volvía a enviar tropas de refresco a España.

En un último esfuerzo, la Junta volvió a reclutar una leva de 100.000 hombres, se requisaron todo tipo de joyas de la Iglesia y privadas, así como caballos y otros animales de tiro. Igualmente se encarcelaron algunos disidentes, como Montijo o Palafox, y se quitó de encima al marqués de La Romana enviándolo de capitán general a Valencia. Pero las medidas chocaban con la cruda realidad. Los medios materiales eran insuficientes y el patriotismo de los españoles no iba mucho más allá de unas decenas de kilómetros de sus hogares.

A principios de enero de 1810, los franceses arrollaron a los españoles en su marcha hacia el sur. La Junta Central huyó hacia Cádiz, dejando en poder de los franceses Sevilla. Antes de llegar los imperiales, la multitud liberó a Palafox y a Montijo. También cayeron Jaén, Granada y Córdoba. Para finales de enero, en Andalucía solamente Cádiz quedaba libre de franceses. La Junta entregó el poder a una regencia encabezada por Castaños.

España estaba a punto de ser uno más de los estados satélites que los franceses habían creado en Europa desde 1790 y que si en un principio sirvieron para defender las fronteras francesas, posteriormente, ya con Napoleón, se convirtieron en suministradores de hombres y dinero a los ejércitos imperiales, además de complementar el sistema de acaparamiento yacente en el corazón del imperio napoleónico y asimilar a las élites locales a las estructuras de la supremacía francesa. Todo ello conllevaba, lógicamente, una serie de reformas para hacer más eficiente y efectiva la integración de esos territorios en el imperio francés. Pero la insurrección española había convencido al Emperador de que había que cortar cualquier relación con el Antiguo Régimen, especialmente con su componente religioso. Por eso la Constitución de Bayona que había constituido un documento político de compromiso con el pasado español, quedó ahora marginada. Sería sustituida por los decretos de Chamartín en los que se proponían reformas que beneficiaban a las capas más pobres de la Iglesia católica española en detrimento de las jerarquías, ya que Napoleón pensaba que las parroquias en particular y la Iglesia en general podían convertirse en un buen elemento de control social y político, un planteamiento similar al que habían tenido los Borbones españoles desde su llegada al trono.

Otra reforma que Napoleón pensaba llevar a cabo era la reorganización administrativa de España. Así en julio de 1809, el país fue dividido en 38 nuevas provincias en cada una de las cuales, su hermano José puso un intendente. Casi un año más tarde, estas intendencias serían reconvertidas en prefecturas y subprefecturas. Pero las reformas se ampliaron hasta el punto de suprimir los Consejos que fueron sustituidos por los ministerios de Hacienda, Interior, Justicia, Asuntos Exteriores, Guerra, Policía, Marina, Indias y Asuntos Eclesiásticos. Estas y otras reformas puestas en marcha por el gobierno josefino, en ocasiones no pudieron llevarse a la práctica por la inestabilidad del dominio francés y por, en alguna ocasión, la interferencia del propio Napoleón que convertía algunos territorios como las Provincias Vas-

cas, Navarra o Cataluña en gobiernos militares cuyas autoridades fueron completamente independientes de las josefinas.

La frágil implantación de una administración francesa trajo como consecuencia la aparición de la figura del afrancesado, denominación en general aplicada no sólo a aquel que colaboraba con los franceses, sino a aquellos que no resistían con las armas en la mano la ocupación gala. En realidad, el término “afrancesado” encerraba muchas situaciones de lo más variopintas, pero la más frecuente era la de aquellas personas que simplemente pretendían sobrevivir bajo la administración francesa. Tampoco estas actitudes eran raras entre los colaboradores de los ocupantes, muchos partidarios de Godoy que habían sido depuestos, cuando no perseguidos, por los acólitos de Fernando VII. En general, los partidarios de las reformas ilustradas aportaron su colaboración con el régimen josefino.

Pero el gobierno de José I no tuvo nunca el respaldo de su hermano y los generales y mariscales nombrados por éste, ningunearon al mayor de los Bonaparte. Por más que se esforzaba José en conseguir el cariño y el respeto de sus nuevos súbditos, las tropelías y latrocinios de las tropas imperiales, le alejaban de sus objetivos. Por más que el monarca se empeñó en hacer de su corte la verdadera capital del reino, las cosas empeoraron de día en día hasta que llegó el final en junio de 1813.

Y en este desenlace tuvieron un papel destacado las bandas de guerrilleros que pulularon por el país desde casi el mismo momento de la insurrección madrileña. Aunque en el surgimiento de estos grupos había muchas motivaciones y causas en sus orígenes, no están muy lejos la espontaneidad, su composición popular y los móviles ideológicos. También formaban parte de estos grupos los muchos huidos tras las derrotas militares. Así en los primeros momentos del conflicto, surgieron bandas de irregulares por todas las zonas por donde habían pasado las tropas francesas. Tanto la Junta Central como los propios jefes militares españoles procuraban espolear la resistencia popular, aunque muchas veces la falta de control hacía que los guerrilleros se volvieran especialmente dañinos para la propia población civil e, incluso, en bastantes ocasiones saquearan los convoyes de aprovisionamiento españoles e ingleses, por no hablar de su descoordinación con las tropas regulares lo que impedía que desarrollaran todo su potencial militar, eso sin tener en cuenta que una considerable proporción de guerrilleros eran, en realidad, poco menos que bandidos.

Pero a pesar de todo, estas bandas obstaculizaron el avance francés y obligaron a los imperiales a mantener amplios contingentes en todas las zonas que iban ocupando. Con todo, la contribución de los guerrilleros a la liberación de España fue muy desigual en función de las distintas zonas en las que actuaron y en función de su coordinación con las fuerzas regulares.

Pero el conflicto continuaba a la altura de mediados de 1810 con el asedio de Cádiz. Fue en esta ciudad donde se abrió el primer proceso constitucional de la historia de España, al tiempo que estaba sufriendo el cerco francés. En esos momentos, el país estaba dirigido por un Consejo de Regencia

- una vez autodisuelta la Junta Central - en el que el personaje más destacado era el general Castaños, como se señaló más arriba. Pero el papel de este Consejo no era fácil. Para empezar, tenía que luchar contra la propia Junta gaditana que pretendía dirigir los caminos políticos. En esos momentos, además, llegaban noticias a la península de las inquietudes que se extendían por las colonias americanas, inquietudes que expresaban el descontento político y económico de los criollos. Por todas partes, sobre todo a partir de la caída de Andalucía en 1810, las sublevaciones se extendieron a lo largo y ancho de Hispanoamérica. De hecho, Argentina y Paraguay prácticamente se independizaron. Ello trajo como consecuencia una drástica disminución de las remesas de dinero que llegaban del continente americano, lo que empeoró las posibilidades de combatir con éxito a los franceses. Por otro lado, la insurrección americana enturbió las relaciones entre españoles y británicos.

Ante la impotencia española, causada por la falta de medios y por las divisiones políticas, los franceses seguían progresando en algunos puntos de Cataluña -como la toma de Lérida- y León -toma de Astorga-. Mientras tanto, Napoleón no había olvidado la conquista de Portugal y encarga en abril al mariscal Masséna este cometido. Hasta mediados de junio no comenzaron los franceses el sitio de Ciudad Rodrigo. A primeros de julio, la ciudad se rindió, pese a la cercanía de tropas británicas al mando de Wellington que no intervino por temor a la llegada de refuerzos franceses.

Mientras tanto, continuaba el proceso político que se había iniciado meses antes en el asediado Cádiz. La lucha entre liberales y tradicionalistas en las Cortes no contribuyó al esfuerzo de guerra, a pesar de que los liberales llevaron casi siempre la voz cantante. La Regencia fue sustituida a principios de 1812. Pero la lucha contra los franceses y las medidas que promulgaron los partidarios de una monarquía constitucional acabó por apartarlos del apoyo popular y eso no les ayudó cuando “El Deseado” regresó de Francia.

Mientras esto ocurría, los franceses habían sido rechazados en su intento de ocupar Portugal, encargo que había ordenado Napoleón a sus generales antes de partir a Francia a finales de 1808. Para conseguir derrotar a los franceses, Wellington se había hecho con el control del ejército portugués -cuyo mando y adiestramiento estaba bajo el control de Beresford-. A pesar de todo y al igual que ocurría en España, el pueblo portugués no estaba interesado en incorporarse al ejército. De hecho, las desertiones eran masivas. Por otro lado, los campesinos no tenían ningún motivo para estar tranquilos mientras sus familias y sus haciendas sufrían los estragos de unos y otros contendientes, de ahí su resistencia a enrolarse en las filas del ejército portugués. Pese a todo, las tropas lusas habían experimentado una considerable mejora a lo largo de 1809.

Wellington, además, había construido una serie de líneas fortificadas que protegían Lisboa de los ataques franceses. Estos comenzaron el 21 de julio de 1810. Tras algunos éxitos iniciales, la ofensiva francesa comenzó a empantanarse. A finales de septiembre, los hombres de Masséna fueron derrotados por los angloportugueses de Wellington en Buçaco. La política de tierra quemada de éste, aisló aún más a los franceses y a pesar de que el gene-

ral inglés no se aprovechó de la victoria, los franceses acabaron retirándose de Portugal en marzo de 1811.

Mientras tanto, la posición española había mejorado a finales de 1810, sobre todo en Navarra, Aragón, la cornisa cantábrica y La Mancha. Por un lado, las fuerzas guerrilleras estaban mucho mejor organizadas que en los años anteriores y, por otro, las tropas regulares seguían estando activas en varias zonas como Andalucía Occidental, Extremadura, Asturias o en algunos puntos de Cataluña. Sin embargo, en Extremadura los franceses avanzaron hacia la frontera portuguesa buscando que Wellington enviara tropas desde Lisboa y debilitara su dispositivo de defensa frente a Massena. Esto produjo la toma de Badajoz, en parte debido a la torpeza del general Mendi-zábal que no aprovechó una magnífica oportunidad de atacar a los franceses por sorpresa. La rendición de Badajoz supuso un nuevo golpe para la confianza de españoles e ingleses. Las dificultades parecían insuperables para una victoria aliada contra las tropas imperiales a la altura de la primavera de 1811.

Pero Badajoz estaba demasiado expuesta a los ataques angloportugueses, por lo que Sault envió un ejército a reforzar el dominio francés. Este ejército fue detenido a mediados de mayo en Albuera por una fuerza conjunta de ingleses, españoles y portugueses. Pocas fechas más tarde, los franceses serían de nuevo rechazados en Fuentes de Oñoro. Massena fue destituido, siendo sustituido por Marmont. Wellington asediaba Badajoz, pero la llegada de tropas francesas hizo que levantase el sitio a mediados de junio.

Mientras que el epicentro de las operaciones de los ejércitos regulares de uno y otro bando se concentraban en Extremadura y sus alrededores, en el resto de España la situación tampoco parecía quedar clara. Mientras que en Castilla los insurrectos conseguían alguna victoria como la toma de Astorga, en Cataluña fue ocupada por sorpresa Figueras, importante fortaleza que dominaba la carretera principal que comunicaba Barcelona con la frontera francesa, aunque sería recuperada el 17 de agosto por las tropas galas.

Los franceses seguían progresando hacia Levante y tomaron Tarragona a finales de junio. Fue una pérdida muy importante ya que la Junta de Cataluña perdió así su principal puerto y la zona más rica del Principado. Las posibilidades para poner en marcha de nuevo un ejército en la zona eran casi nulas.

6. La balanza se inclina en contra de los franceses

El balance a finales de 1811 era casi de equilibrio. Wellington había despejado definitivamente cualquier duda referida a la capacidad combativa del combinado angloportugués. Pero la amenaza de una guerra con Rusia hizo que Napoleón ordenara a parte de las tropas francesas, especialmente a unidades de la Guardia Imperial y a los soldados de origen polaco, la salida de España. En conjunto no eran muchos, unos 25.000, pero sí los suficientes para romper el delicado equilibrio que se había instalado en la Península Ibérica. Por si fuera poco, los franceses ocupaban un amplio territorio que eran

incapaces de defender adecuadamente. Además Napoleón, cada vez con menor sentido de la realidad, exigió a Suchet la toma de Valencia, con lo que era necesario debilitar las defensas de Navarra y Aragón. Ante la resistencia de Valencia, en principio centrada en la fortaleza de Sagunto, Napoleón ordenó a parte de las tropas francesas acantonadas en el centro de la Península que se incorporaran al ataque de Valencia y para suplir a éstas, al ejército de Portugal que se acercara a la meseta castellana, con lo que la vigilancia a Wellington se debilitó considerablemente. El Emperador nunca se tomó en serio la posibilidad de que los ingleses atravesaran la línea fronteriza.

Mientras tanto, en Sagunto, Suchet tuvo que enfrentarse a un intento de Blake -comandante en jefe de las tropas que guarnecían Valencia- de derrotarle, intento que acabó en desastre el 25 de octubre. Pero en esos momentos en que Sagunto se rendía y Valencia estaba a punto de caer, en Extremadura comenzaban a moverse las cosas. Valencia cayó a primeros de enero de 1812. Fue una pérdida que se acompañó con numerosas bajas y con graves pérdidas de material y de armamento.

Pero la toma de Valencia fue el momento álgido de la invasión gala. Los franceses estaban al límite de su capacidad y ni siquiera pudieron tomar Alicante. Por el contrario, Wellington aprovechó al disminución de las tropas francesas para atacar Ciudad Rodrigo y la tomó el 19 de enero de 1812. La eficaz acción de los guerrilleros del Empecinado evitaron que las tropas francesas de los alrededores se enteraran del ataque angloportugués con el tiempo suficiente para reaccionar.

A continuación, Wellington se dispuso a liberar Badajoz, mientras que los franceses pensaban que marcharía contra Salamanca. Los generales franceses pedían a Napoleón permiso para adoptar posiciones más defensivas, mientras que el Emperador pensaba justamente lo contrario: volver a tratar de entrar en Lisboa. Mientras tanto, 16 de marzo de 1812, Napoleón nombraba a su hermano José comandante en jefe de las tropas francesas en España.

Wellington tomó Badajoz a primeros de abril de 1812 y pocas semanas después se lanzó hacia la orilla norte del Duero tomando León. Marmont contraatacó cruzando el río y avanzando hacia Salamanca pretendiendo cortar las comunicaciones de los angloportugueses con Portugal. Wellington tuvo que retroceder casi hasta Salamanca y en sus alrededores tuvo lugar la batalla de los Arapiles el 22 de julio, que significó una victoria aliada y el fin de las amenazas francesas contra Portugal.

A continuación los anglohispanoportugueses marcharon hacia Madrid para liberarla del dominio francés, lo que consiguieron el 12 de agosto. Previamente los imperiales habían comenzado a abandonar amplias zonas de Andalucía y un numeroso convoy de militares y civiles se dirigió desde Madrid hasta Valencia. Sin embargo, pese a las victorias militares no surgieron, como se esperaba, numerosos ejércitos que ayudasen a volcar definitivamente la situación militar.

En esos momentos, la Regencia estaba bajo la dirección del duque del Infantado, personaje bastante mediocre que había estado casi desde el principio de la guerra con los conspiradores favorables a Fernando VII. Sin embargo, la Regencia y las Cortes eran incapaces de dirigir eficazmente el esfuerzo bélico, más preocupadas las segundas por problemas de orden político y por evitar un excesivo poder ejecutivo de la Regencia. Tampoco la situación económica ayudaba al optimismo. La disminución de los caudales americanos era imparable, si en 1810 llegaron poco más de 400 millones de reales, en 1812 la cantidad se redujo hasta menos de los 150 millones. Las cosechas de 1811 fueron desastrosas y ello cayó como una losa en unos campos ya esquilados por las tropas y por los guerrilleros. España pasaba ahora a depender de los subsidios británicos. En este estado de cosas no es de extrañar que las Cortes formularan a Wellington el ofrecimiento de comandante en jefe del ejército español. En realidad, este nombramiento era consecuencia de la lucha política que se desarrollaba en Cádiz en vez de ser el reconocimiento de la realidad militar.

Wellington presionado políticamente por Cádiz, decidió avanzar hacia Burgos a primeros de octubre, pero tuvo que retirarse después de varios días de asedio tras saber que refuerzos franceses avanzaban desde el norte y hacia Madrid desde el sur. Temiendo verse cercado, tuvo que volver a sus bases extremeñas.

7. Continúan las disensiones en el bando español. Otra vez el exceso de optimismo está a punto de provocar un desastre en el bando aliado

Por otro lado, la noticia del nombramiento de Wellington como comandante en jefe de los ejércitos españoles cayó como una bomba entre los generales patriotas, especialmente entre Ballesteros que trató de iniciar un levantamiento encubierto, sin conseguir ser secundado entre sus compañeros de armas. Por otra parte, Ballesteros no había podido evitar el que los franceses estuvieran a punto de cortar la retirada de las tropas anglohispanoportuguesas. Esto y el conato de rebelión contra las autoridades civiles le hizo caer en desgracia.

En consecuencia, Wellington se vio obligado a levantar el sitio de Burgos, como se señaló más arriba, y retirarse hacia Valladolid, de la que tuvo que salir a su vez pocos días más tarde. Solamente le salvó de la derrota total la toma de Bilbao por las tropas del general Mendizábal que, aprovechando, la disminución de las tropas francesas en el Norte, tomó la capital vasca. Ello obligó a los imperiales a parar la persecución de Wellington.

Los británicos también se vieron obligados a abandonar Madrid a su suerte antes de ser copados por las tropas francesas de Soult y del rey José que habían avanzado desde el sur y el sureste. Aunque se hicieron fuertes en Salamanca, corrían peligro de ser rodeados por los franceses que avanzaban desde todos los puntos, menos desde el oeste, por lo que, finalmente, tuvieron que retroceder hasta Ciudad Rodrigo.

Mientras tanto, los grupos guerrilleros más organizados como los de Julián Sánchez, el Empecinado o Espoz y Mina, mantenían ocupados a los franceses, derrotándoles en pequeñas acciones o asediándoles como las fuerzas de Espoz y Mina en Pamplona.

La crisis del verano de 1812 afectó duramente a las relaciones angloespañolas. La retirada de Wellington y la pérdida de Madrid, debilitó la confianza que ambos aliados se tenían mutuamente. Para empeorar las cosas, el comandante británico envió una carta a la Regencia a principios de 1812 solicitando un mayor control de las tropas españolas, oficiales y generales incluidos, y una subordinación del poder civil local al poder militar. Esto que en términos castrenses podía ser lógico, para los gobernantes españoles fue muy difícil de digerir ya que muchos sectores, tanto tradicionalistas como liberales, no acababan de aceptar un aumento de la influencia británica en la guerra. Wellington, de tendencias muy conservadoras, se apoyaba con cierta frecuencia en militares que giraban en la órbita “servil”, como Miguel de Álava o el Marqués de La Romana, lo que reforzaba las sospechas de los liberales en contra del comandante inglés. La llegada de Wellington a Cádiz para negociar las nuevas condiciones le hicieron ver que no era bien recibido por los patriotas.

Del pulso entre Regencia y Wellington, salió reforzado éste y casi todas sus peticiones fueron satisfechas. Se consiguió así una mayor coordinación entre los distintos ejércitos, una mayor centralización en las decisiones militares y un mayor esfuerzo presupuestario dedicado a dotar a las tropas de una mayor capacidad militar. No se habían tomado a destiempo estas medidas - aunque algunas de ellas fueran muy difíciles de aplicar -, ya que desde Rusia llegaban noticias de la derrota de Napoleón, lo que hacía suponer que se redoblaría el esfuerzo galo en España, pero en realidad el resultado fue que el Emperador retiró más tropas de España ya que Austria y Prusia amagaron con unirse a los rusos.

8. El principio del fin de los planes de Napoleón para la Península Ibérica

Ahora las líneas francesas abarcaban un amplio arco que unía Bilbao con Valencia, pero esta frontera era muy endeble y a mediados de marzo de 1813 los imperiales tuvieron que abandonar Madrid, esta vez definitivamente.

Los problemas para los aliados se centraban en la falta de suministros y de dinero. Tanto Portugal como España estaban esquilados, por si fuera poco la ausencia de hombres dificultaba las labores agrícolas por lo que las cosechas fueron en esos años casi catastróficas. Por otra parte, las haciendas de ambos países estaban exhaustas. A las tropas se les debían pagas atrasadas. En la retaguardia la situación no era de lo más halagüeña. Las actividades de muchos guerrilleros seguían rayando el bandolerismo, puestas de manifiesto desde que los franceses se habían retirado de gran parte del país, las disensiones en muchas ciudades entre grupos de las oligarquías locales dificultaban la unidad de acción.

Tampoco los hechos que se estaban produciendo en América contribuían a mejorar las relaciones hispanobritánicas. La revuelta que se estaba produciendo en algunas colonias, especialmente en Argentina y Venezuela, a veces estaba apoyada con toda claridad por los británicos que seguían pidiendo la libertad de comercio con América. Por otra parte, Wellington seguía insistiendo en su negativa a empezar una nueva ofensiva antes del comienzo de la primavera, por lo que las acusaciones españolas de deslealtad eran cada vez más fuertes.

A esta mutua desconfianza no contribuía en nada la situación política que se estaba generando en Cádiz. El enfrentamiento entre liberales y tradicionalistas era cada vez más patente. Uno de los motivos de mayor enfrentamiento fue la cuestión religiosa. La pretensión liberal de disminuir el poder de la Iglesia había provocado fuertes tensiones entre uno y otro bando. Dentro de la propia Regencia la tendencia conservadora estaba empezando a ser mayoritaria y, encubiertamente, apoyaba las posturas clericales. Todo ello provocó una reacción liberal y las Cortes destituyeron a la Regencia presidida por el Duque del Infantado que fue sustituida por otra cuyos componentes eran mayoritariamente liberales. Una de las primeras medidas de este nuevo gobierno fue la creación de un nuevo ejército, llamado Ejército de Reserva de Cádiz, cosa que disgustó especialmente a Wellington ya que al no ser consultado, ni siquiera advertido, la medida de la nueva Regencia contradecía los acuerdos que se habían tomado en la capital gaditana unos meses antes y que significaban, recordémoslo, un reforzamiento de la autoridad militar de Wellington.

Por otro lado, los liberales tomaban una serie de medidas económicas dirigidas a restaurar la estabilidad financiera. Así se ordenó la venta de una serie de tierras que pertenecían a diversos estamentos e instituciones: ayuntamientos, órdenes militares, Inquisición..., pero se respetaron las propiedades de la nobleza, excepto las de aquellos nobles que habían apoyado la administración josefina. Pero la deuda nacional había adquirido dimensiones enormes; si en 1808 era de 7.000 millones de reales, en 1814 alcanzaba los 12.000 millones. Era imposible, además, solventar este problema sin las remesas americanas y parecía que éstas no volverían jamás a tomar las dimensiones de antes de la guerra.

Mientras tanto, las fuerzas guerrilleras más organizadas -sobre todo en el Levante, Aragón y Navarra- seguían poniendo difíciles las cosas a los franceses, atacando posiciones aisladas o dificultando sus comunicaciones. Napoleón reacciona ordenando a José que acabe con la resistencia de Espoz y Mina. Pensaba el Emperador, una vez más, que las tropas de Wellington no eran capaces de pasar a la ofensiva. Por otro lado, Napoleón había diseminado tanto sus tropas que éstas eran incapaces de llevar a cabo un dominio efectivo del territorio, por más que desde finales de 1812 el terreno que ocupaban los galos se reducía mes a mes.

En mayo, Wellington ordenó a sus tropas marchar al otro lado del Duero. Esto provocó la evacuación francesa de Madrid y de Valladolid. Pronto tuvieron que retroceder hacia Burgos. Por otro lado, La Coruña y Santander,

sobre todo esta última, se convirtieron en las nuevas bases de aprovisionamiento del ejército anglohispanoportugués, ahorrándose así la larguísima marcha desde Lisboa, por caminos intransitables y expuestos también a los ataques de los bandoleros que no distinguían a la hora del botín entre amigos y enemigos. Wellington, bien aprovisionado, dirigió su ejército por caminos intransitables en las montañas cantábricas con el fin de cortar la retirada de los franceses que llegaron a abandonar Burgos ante el peligro de ver cortadas sus comunicaciones. El rey José llevaba consigo un imponente convoy con el botín de guerra que había robado de España. Los franceses se dirigieron a Vitoria con la esperanza de rechazar a Wellington a quien suponían avanzando desde el oeste -Miranda de Ebro y Burgos-. El 21 de junio se entabló la batalla entre las tropas de Wellington y las francesas comandadas por el rey José y por Jourdan. La victoria sonrió a los aliados y los franceses pudieron escapar hacia Pamplona ya que las comunicaciones con Francia habían sido cortadas. Aunque no perdieron muchos hombres, los franceses dejaron en Vitoria casi toda la artillería, además del inmenso botín que trataban de llevar a Francia. De hecho, los imperiales, después de Vitoria, abandonaron cualquier esperanza de volver a la Península.

9. La guerra se traslada al suelo del invasor

Vitoria fue la señal para la evacuación francesa de Levante y Aragón. Después del verano de 1813 lo único que les quedaba a los napoleónicos en la Península era Cataluña y algunas guarniciones en San Sebastián, Pamplona y Santoña. El 11 de julio José Bonaparte renunció al trono y entregó el mando al mariscal Soult. Pese a todo, Napoleón seguía dominando Europa y había derrotado a los rusos y a los prusianos, así que no era improbable un contraataque francés en España o, lo que más temían los ingleses, que una o varias de las potencias europeas hicieran las paces con Francia, por lo que Wellington decidió proseguir la guerra al otro lado de los Pirineos, habida cuenta de que en territorio galo se estaban reagrupando los imperiales. El único temor que tuvo el general inglés giraba en torno a las dudas que tenían los españoles de proseguir la guerra una vez expulsado el enemigo de la Península, pero tampoco podía confiar en sus propios hombres en cuyas filas las desertiones eran constantes, sin contar los numerosos enfermos y heridos.

Wellington decidió comenzar tomando San Sebastián donde se había situado una potente guarnición francesa. El ataque comenzó el 7 de julio, pero a los pocos días tropas francesas al mando de Soult penetraron por los pasos fronterizos de Maya y Roncesvalles haciendo retroceder a los aliados anglohispanoportugueses. Pero en pocos días la ofensiva gala se deshizo y tuvieron que volver a repasar los Pirineos dejando muchas bajas tras de sí, aunque también los aliados tuvieron muchos muertos y heridos.

La victoria sobre los franceses estimuló la vieja idea española de que sus ejércitos podían actuar en solitario, dejando otra vez a Wellington sin el mando unificado. En consecuencia, los dirigentes liberales destituyeron a

varios generales españoles, entre ellos al general Castaños, nombrando otros para sustituirles, lo cual contravenía los acuerdos con Wellington con quien debía consultarse en caso de cambios entre los jefes militares. Como el general inglés no reaccionó de manera efectiva, la Regencia desautorizó el acuerdo de Cádiz de enero de 1813 por el que se le entregaba el mando militar a Wellington aduciendo que no se consideraba obligada por un acuerdo de la Regencia anterior. El inglés reacciona insinuando que había que derribar al régimen gaditano e, incluso, que las tropas británicas debían abandonar la Península.

Mientras tanto, el sitio de San Sebastián continuaba y el 31 de agosto la ciudad fue tomada por los aliados, siguiendo después uno de los más terribles saqueos que padeció población española alguna. Un nuevo contraataque francés fue rechazado por las tropas españolas en San Marcial.

Pero el enfrentamiento entre las autoridades políticas españolas y los militares británicos seguía creciendo y ahora se extendía a otras zonas de España, especialmente. Por esas fechas, se extiende el rumor de que un grupo de nobles le ofrece el trono a Wellington a cambio de que se convierta al catolicismo.

Además el avance de la revolución liberal en los territorios aledaños a Francia, provocaban gran descontento entre las elites locales que veían con preocupación como podían desaparecer sus privilegios en forma de Fueros. A Espoz y Mina se le ordenó que entregase el mando civil de Navarra al nuevo jefe político. Los liberales se vieron obligados a exigir el pago de impuestos atrasados a causa del pésimo estado de la Hacienda Pública. El campesinado se vio defraudado en sus aspiraciones de conseguir tierras ya que las Cortes decidieron que los nobles podían seguir siendo los dueños de las tierras si presentaban los títulos de propiedad. Los liberales se inclinaban, pues, por los poderosos en vez de por el pueblo por lo que fueron perdiendo el apoyo del campesinado y de las masas urbanas. Por si fueran poco, los partidarios de impedir los cambios en España se enfrentaban ya sin ningún rubor a las autoridades locales liberales.

A pesar de estas dificultades internas, Wellington que había dimitido de sus funciones como comandante en jefe de las tropas aliadas el 5 de octubre de 1813, fue confirmado en sus cargos por las nuevas Cortes españolas a finales de noviembre por una exigua mayoría.

Por ello y por la presión de sus superiores ingleses, las tropas anglohispanoportuguesas, cruzaron el Bidasoa y penetraron en suelo francés. Mientras tanto, la guarnición francesa de Pamplona se rendía el 31 de octubre. Los aliados siguieron avanzando por territorio francés, lo que aprovecharon las tropas españolas para realizar todo tipo de tropelías contra los civiles franceses como venganza por los atropellos franceses en suelo español. Wellington siguió luchando contra los franceses hasta derrotar a Soult en Toulouse el 10 de abril de 1814, cuatro días después de la abdicación de Napoleón, pero ésta es ya una fase de la guerra que no se libra en la Península, a pesar de que aún quedaban en España algunas guarniciones galas.

10. Un final político para una guerra terrible

Ahora la lucha tomaba otra dimensión, la política. Napoleón, derrotado en Leipzig en octubre de 1813, intentó una última jugada utilizando a Fernando VII. Éste, que había pasado su “cautiverio” felicitando al Emperador y a su hermano y negándose a seguir los planes de fuga preparados por sus fieles, no parecía ser obstáculo para los planes de Napoleón de cerrar con éxito una guerra que se le había vuelto adversa a la altura de diciembre de 1813. En definitiva Bonaparte, quería imponer a Fernando una serie de condiciones que transformaran una derrota en victoria. Así pretendía permitir la evacuación de España de todas las tropas francesas al tiempo que se expulsaba a los ingleses y a los portugueses, también buscaba la firma entre Francia y España de un tratado de paz, la adhesión española al bloqueo continental y el perdón de todos los afrancesados que habían colaborado en la administración josefina. Para “dorarle la píldora”, a Fernando se le ofrecía la mano de la hija mayor de José Bonaparte.

Las noticias de España, de todas formas, no eran nada halagüeñas y Fernando VII insistió en consultar, antes de acordar nada, a las Cortes y a la Regencia. No obstante, se firmó un tratado el 10 de diciembre, siendo enviados a España el Duque de San Carlos y Palafox para comunicar a ambos organismos la situación. En el fuero interno de Fernando, estaba la idea de utilizar este acuerdo para derrotar a los liberales.

Pero en España, ni siquiera los partidarios de restaurar el absolutismo estaban por apoyar una alianza con Napoleón. De hecho, las Cortes habían declarado nula cualquier decisión del rey mientras siguiese prisionero en Francia. En febrero se decretó cómo sería el cruce de la frontera de Fernando VII cuando fuera liberado y se acusó a Napoleón de querer desencadenar una guerra civil entre los españoles.

Pese a todo, las discrepancias sobre el futuro político de España entre liberales y tradicionalistas proseguían. Sin embargo, las divisiones en el seno de estos últimos eran muy claras y ello permitía una cierta superioridad de los liberales. Por si fuera poco, en el ejército la opción liberal pesaba más que la tradicionalista ya que muchos nuevos oficiales habían ascendido desde las capas más bajas de la oficialidad merced a las oportunidades de ascenso proporcionadas por la guerra. De hecho, los generales con un origen noble habían descendido en número desde 1808 y muchos destacados guerrilleros habían sido transformados en oficiales desde 1810. Así que por ese lado, los serviles tampoco podían contar con importantes apoyos para sus pretensiones de restaurar la situación anterior a la invasión francesa. No había nada en 1814 que pudiera prever un golpe militar una vez expulsados los franceses de la Península.

Sin embargo, el descontento entre la clase militar había crecido casi desde Bailén. En parte por la intromisión de los políticos en las operaciones militares, en parte por la incapacidad de la clase política en mejorar las condiciones materiales del ejército y en parte, aunque había otras razones meno-

res, porque se utilizó en muchas ocasiones a los generales como chivos expiatorios de los fracasos y de las falsas expectativas que se crearon desde Bailén.

Pero tampoco eran ajenas a esta situación las conspiraciones e intrigas de algunos jefes militares en contra de sus propios compañeros de armas, como era el caso de Palafox, que buscó -sobre todo después de la pérdida de Zaragoza, tras el segundo asedio- la jefatura militar de los ejércitos españoles.

Tampoco la actitud de las Cortes y de los gobiernos emanados de ellas sirvieron para mejorar la situación. Por un lado, urgían a los militares a lanzar continuas ofensivas ya que la inicial victoria de Bailén produjo una distorsión de la realidad militar española, creyendo los responsables políticos y no pocos generales que la guerra contra Napoleón iba a ser poco más que un paseo militar. Esto provocó, tal y como se ha visto más arriba, a partir de finales de 1808 algunos desastres militares que empeoraron la situación interior y dieron una clara superioridad a los franceses, en parte equilibrada por la intervención británica. Pero, por otro lado, a partir de 1812, los liberales demostraron una profunda desconfianza hacia el estamento castrense, desconfianza que quedó plasmada en la Constitución de Cádiz y que relegaba a un papel secundario al ejército frente a la primacía de una milicia ciudadana, según rezaba el Título VIII “De la Fuerza Militar Nacional” dividiendo a la fuerza armada en “Tropas de continuo servicio” y “milicias nacionales”. Esta visión provocaba un profundo descontento en amplios círculos militares. Además, desde 1811 se acometieron una serie de reformas del ejército que iban desde restricciones al fuero militar, la abolición del privilegio de nobleza en el cuerpo de oficiales, la creación de un sistema de condecoraciones más justo o la reforma o, incluso, abolición de la Guardia Real. Por último, dentro de estas y otras reformas destinadas a la sujeción del ejército a las autoridades civiles, se creó una nueva fuerza armada de carácter civil que estaría bajo el mando de los jefes políticos: la Guardia Nacional. Esta milicia fue creada el 15 de abril de 1814 cuando ya la guerra estaba tocando a su fin y, por lo tanto, no pudo tener presencia efectiva en la nueva situación que se estaba planteando en España. En la misma línea, las comisiones que se crearon para analizar un nuevo status para el ejército, además de estar mayoritariamente formadas por militares, no fueron mucho más allá de tratar de restaurar el orden, el sistema y la disciplina en el ejército. Para los liberales, pues, el ejército representaba el peligro de la vuelta al despotismo y a los privilegios de unos pocos.

Así pues, a la altura de 1813 había muchos oficiales que, sin ser partidarios de la restauración absolutista, estaban en contra de las reformas liberales que atacaban los privilegios del sector militar y paulatinamente iban viendo con buenos ojos una reacción contraria a las de las propuestas constitucionales.

Un síntoma del descontento en amplias capas de la oficialidad española fue el intento que hizo Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal y uno de los generales favoritos de los liberales, de marchar sobre la capital cuando Wellington se negó a que sus tropas intervinieran también en la invasión de

Francia como comandante único de las fuerzas españolas.

En este contexto, cuando los enviados -el duque de San Carlos y el general Palafox- de Fernando VII llegaron a Madrid en enero de 1814 encontraron el clima necesario para derribar la Constitución. Pero cuando volvieron a Francia para comunicárselo al monarca, se encontraron con que Napoleón había puesto en marcha su última argucia: liberar a Fernando sin condiciones con la esperanza de que la aparición del rey por sí sola provocase fisuras entre los aliados.

No obstante, el gobierno español ya había tomado algunas precauciones ante esta posibilidad y habían prescrito que Fernando VII no sería reconocido rey hasta haberse presentado ante las Cortes donde juraría lealtad a la Constitución y ello tras seguir el camino por el que llegaría a Madrid y que pasaba por Tarragona y Valencia. Pero aconsejado por varios personajes contrarios a la Constitución: Montijo, el Duque de San Carlos y algunos militares, Fernando cambió el itinerario recomendado por las Cortes y pasó por Zaragoza donde fue recibido en olor de multitudes. En la capital aragonesa fue cosechando muestras de adhesión a su plan de derribar el régimen constitucional, entre ellas el llamado Manifiesto de los Persas, redactado a impulsos del duque de San Carlos.

El 16 de abril llegó Fernando a Valencia, donde se encontró a una nobleza local profundamente preocupada por los desórdenes antifeudales que se estaban produciendo en las áreas rurales del territorio valenciano.

Algunas unidades del Segundo Ejército que estaba al mando del general Francisco Elío marcharon hacia Madrid. La Guardia Nacional no estaba aún formada y muchos oficiales del ejército regular no estaban seguros de la fidelidad de sus subordinados. No es extraño, pues, que en la noche del 10 de mayo las fuerzas partidarias del rey entraran en la capital sin encontrar resistencia. Fueron arrestados muchos liberales que no habían huído y declaradas nulas las medidas tomadas por las Cortes.

Los británicos no hicieron nada por impedir el golpe y en numerosas localidades fueron eliminados los símbolos del régimen constitucional o derribados sus representantes.

11. Conclusiones. La Guerra de la Independencia, la semilla de una turbulenta trayectoria de España en el siglo XIX y el primer tercio del XX

Si bien la mayor o menor influencia de la Guerra de la Independencia en la política europea del momento y en la propia caída de Napoleón, es objeto de debates entre los historiadores, las consecuencias para España están mucho más claras.

El comercio y la industria españolas fueron destruidos; los lazos con las colonias americanas, tan vitales para la economía española, casi rotos. Amplias zonas rurales y urbanas profundamente devastadas. La Iglesia que antes de la guerra tenía mecanismos para paliar las crisis, había sido privada de gran parte de sus recursos. No debió de estar muy lejos del millón de

muertos la cantidad de bajas humanas -entre civiles y militares-, lo que supone algo menos del 10% de la población española de la época, pero en algunas zonas este porcentaje se disparó hasta casi el 30% de la población total. Además cientos de miles de personas huyeron de sus hogares y al regresar se los encontraron destruidos y sus propiedades arrasadas.

Pero las secuelas de la guerra fueron también políticas y la Guerra de la Independencia está en el origen del enfrentamiento de las dos Españas, si bien es verdad que el campo absolutista estuvo mucho menos definido y fue mucho menos homogéneo que el ámbito liberal. En medio, estaba el pueblo presto a seguir a aquellos que prometiesen arreglar su atribulada situación y cuyas aspiraciones se centraban en el deseo de paz, de pan y de acceso a la propiedad de la tierra.

Pero además, las guerras revolucionarias y napoleónicas trajeron situaciones nuevas. Una de ellas era la politización del ejército. Desde el derrocamiento de Godoy en Aranjuez en 1808 hasta la intervención del general Elío en 1814 derribando el sistema liberal, diversos militares habían dado muestras de un claro desprecio por las autoridades civiles: La Romana en 1809 derrocando a la Junta del Principado de Asturias o Ballesteros en 1812 rebelándose contra la decisión de la Regencia de nombrar a Wellington general en jefe de las tropas españolas. De este modo, el ejército español había comenzado a aparecer como una fuerza política capaz de intervenir decisivamente en las decisiones de las autoridades civiles. En realidad, la guerra civil española de 1936-39 tiene mucho más que ver en sus orígenes remotos con la Guerra de la Independencia que con la política africanista del régimen de la Restauración, sobre todo si lo unimos al ansia frustrada de justicia social por parte de las masas campesinas, al intento de las clases privilegiadas de mantener su dominio social y económico y a la resistencia que una gran parte de la burocracia absolutista opuso a las reformas liberales.

A lo largo de casi seis años se desarrolló en el suelo peninsular una lucha a muerte entre las tropas napoleónicas y los aliados anglohispanoportugueses. Napoleón Bonaparte, al igual que había hecho con otros países europeos quiso incorporar España y Portugal a su imperio. En el caso portugués, además, se trataba de restar un aliado a sus enemigos mortales los británicos, único país europeo que se resistía tercamente a sus pretensiones de hegemonía. Pero Bonaparte cometió algunos errores que impidieron que culminasen con éxito sus planes. En primer lugar, cuando invadió la Península Ibérica, tenía la idea de que España era un país rico, cosa que resultó ser falsa, riqueza basada en los aportes de metales preciosos procedentes de las colonias, lo que impidió que la nueva conquista financiase parte de sus aventuras imperiales. En segundo lugar, creía que la población joven española se incorporaría en masa a las filas de las tropas imperiales. Ni una cosa ni otra resultaron ser ciertas y Napoleón consumió más de 200.000 hombres y numerosos recursos en España que podía haber empleado en la invasión de Rusia o, todavía más necesitado, en octubre de 1813 en la batalla final de Leipzig. Porque, además de las bajas y de las pérdidas materiales, los franceses en esas fechas tenían a decenas de miles de hombres tratando de contener a las

tropas aliadas que, al mando de Wellington, estaban atravesando los Pirineos y ocupando territorio francés entre Bayona y Toulouse. Así que una parte del ejército francés libraba una batalla en el sur de su propio país, mientras el Emperador era derrotado en la decisiva batalla de Leipzig o de las Naciones, derrota que significó el principio del fin del dominio napoleónico en Europa.

Pero Napoleón cometió igualmente otros errores de cálculo cuando invadió España camino de Portugal. Creyó que los españoles deseaban ser liberados del dominio absolutista que la Corte, la nobleza y la Iglesia habían extendido durante siglos en el país. Unas cuantas reformas bastarían para hacer desaparecer la influencia de las clases privilegiadas. Tampoco se cumplieron tales vaticinios imperiales.

Como consecuencia de estos cálculos erróneos de tipo político o cultural, vinieron los errores militares. En primer lugar, Bonaparte imaginó que una serie de victorias, seguidas de la conquista de las principales ciudades, daría paso al dominio indiscutido del país, a lo que ayudaría el control que obtuvo de la familia real española. De ahí que pensase que con un reducido número de tropas ocuparía y dominaría España. Los franceses nunca tuvieron el suficiente número de hombres para conseguirlo y ello se debió, sobre todo, a que los españoles opusieron mucha más resistencia que la que previó el Emperador. Que además cometió otro error, nunca mantuvo un mando unificado de sus ejércitos en España, lo cual entraba dentro de la lógica napoleónica de hacer entrar a sus generales en una especie de competición buscando los mejores resultados.

Pero en el campo de los errores, Napoleón no se encontraba sólo. Los españoles cometieron el error de pensar que -parafraseando parcialmente el refrán popular- “todo el monte era Bailén”. La inicial derrota de Dupont en las abrasadoras llanuras jiennenses el 18 y 19 de julio de 1808, hizo creer a los dirigentes políticos y militares españoles que en unos meses los franceses repasarían la frontera. Como cabía esperar la cosa no resultó tan sencilla y los escasos meses, sino semanas, que los ejércitos españoles tardarían en echar a patadas a los galos, resultaron ser cinco inacabables años en los que cientos de miles de soldados y oficiales españoles dejaron su vida en incontables batallas y escaramuzas, la mayoría de las cuales estaba perdidas de antemano. Sin embargo, los generales españoles espoleados por las autoridades civiles estaban obligados a presentar batalla tras batalla ante el temor de ser sustituidos o, lo que es peor, ser acusados de traidores y represaliados con algo más que la destitución. Y en esto se perdieron cientos de miles de hombres e incontables recursos.

Este tira y afloja entre el poder político y el militar, dibujó las primeras e importantes fisuras en las filas de los patriotas españoles, fisuras que ya venían de lejos, al menos desde el motín de Aranjuez en el que se mezcló una combinación de rechazo de las medidas reformistas de Godoy -en nuestra opinión el último ilustrado o el primer protoliberal-, como se ha apuntado más arriba, con las luchas e intrigas palaciegas -la Corte era el único campo de juego político de la España del Antiguo Régimen- y con el primer

golpe de mano militar de la Historia Contemporánea española. El hilo conductor de este momento no desaparece por completo a lo largo de toda la Guerra de la Independencia -de hecho es el detonante que pone en marcha la decisión de Napoleón de hacerse con el trono español y convertir España en un estado satélite de su Imperio- y resurge con fuerza con el regreso de Fernando VII.

Pero si los militares fueron pasto de las equivocaciones en muchas de las batallas con que hicieron frente a los invasores, sí consiguieron que estos tuvieran que emplear muchas más fuerzas y de manera más permanente de lo que hubieran previsto. Lo mismo puede decirse de los guerrilleros, si bien es verdad que sus actuaciones tuvieron tanto de positivo como de negativo. En muchas ocasiones, sobre todo en los dos primeros años de la guerra, los grupos de guerrilleros tenían más de bandoleros y de salteadores de caminos que de románticos patriotas resistentes al dominio invasor. Solamente a partir de 1810 los guerrilleros pasaron a ser un elemento positivo en la lucha contra los franceses.

Esa misma falta de homogeneidad impide hablar de una resistencia nacional o de una resistencia popular. Sin tener en cuenta a los llamados “afrancesados”, el pueblo español no se incorporó en masa a la resistencia armada contra las tropas imperiales. La mayoría de la población se resignó pacientemente a que pasara la tormenta, cuando no hubo otros que colaboraron abiertamente con las autoridades ocupantes. Sobre todo en las zonas rurales, donde residía la inmensa mayoría de la población española de la época, los campesinos centraban sus esfuerzos en proteger a sus familias y a sus propiedades, cosa harto difícil habida cuenta de que eran pasto de la rapacidad de uno y otro bando, pudiendo afirmarse que el paso de los ejércitos era mucho peor que una plaga de langosta.

Wellington instalándose en la retaguardia de los ejércitos franceses, tuvo siempre muy claro que podía derrotárseles si se combinaban las fuerzas de los tres países y se aseguraban los suministros necesarios para equipar a las tropas aliadas. Sobre la base del cuerpo expedicionario británico y apoyándose en españoles y portugueses, consiguió una vez obtenido el mando unificado expulsar a los franceses del territorio peninsular y ocupar una parte del sur francés.

Cuando acabó la guerra, España quedó como una nación dividida. El proceso que comenzó en Cádiz tuvo una escasa implantación real en el país. Por si fuera poco, los liberales no tomaron medidas auténticamente revolucionarias en el sentido de que hubieran favorecido a la mayoría de la población española lo que les hubiera reportado el apoyo que no tenían en las capas altas de la sociedad española. De ello se aprovecharían, al regreso de Fernando VII, los partidarios del absolutismo. En la debacle de la primera experiencia liberal en España, tuvo mucho que ver la desconfianza que expresaron los liberales hacia el ejército, al que veían como un peligro para la conquista de las libertades. Por otro lado, los militares no veían que se premiasen sus esfuerzos y sacrificios en la lucha contra Napoleón. La clase militar que veía con preocupación la estrategia de los liberales de minimizar su

papel en la nueva sociedad española, adoptó en su gran mayoría una postura neutral al regreso de Fernando, cuando no conspiraron abiertamente contra las nuevas autoridades civiles.

De esta manera, la victoria sobre los invasores franceses, en vez de una sociedad unida y orgullosa de su epopeya, dejó un país agotado -con las colonias americanas, vitales para la marcha de la economía española, casi totalmente perdidas- asolado y, sobre todo, dividido, situación que tendría graves y dilatadas consecuencias a lo largo de todo el siglo XIX y el primer tercio del XX.

Bibliografía.

DUFOUR, G., *La Guerra de la Independencia*, Madrid, 2006.

ESDAILE, Ch. J., *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*, Barcelona, 2004.

ESDAILE, Ch. J., *España contra Napoleón. Guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*, Barcelona, 2006.

FONTANA LÁZARO, J., *Guerra y Hacienda: la Hacienda del Gobierno Central en los años de la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Alicante, 1986.

FRASER, R., *La maldita guerra de España: Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, 2006.

GARCÍA CÁRCEL, R., *El sueño de la nación indomable: los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2007.

GATES, D., *La úlcera española: historia de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1987.

JURETSCHKE, H., *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1986.

LOVETT, G.H., *La guerra de la Independencia y el nacimiento de la España Contemporánea*, Barcelona, 1975.

SANTACARA, C., *La Guerra de la Independencia vista por los británicos*, Madrid, 2005.